

# ESPAÑA

8-578

Madrid, 24 de febrero.



1923

Año IX.—Núm. 358.

SEMENARIO DE LA VIDA NACIONAL

## SUMARIO

El vacío soberano, por Miguel de Unamuno. - Caprichos, por Ramón Gómez de la Serna. Escenas de la guerra de Marruecos, por Ramón Arnauda. - En la Cuenca del Ruhr, por César Falcón. - ¡Soldado!, por E. Díez Canedo. - Aspectos prácticos del Hispanoamericanismo, por Carlos Malagarriga. - La conversión de Guerra Junqueiro, por J. Pérez-Bances. Proyecciones hispanoamericanas, por Camilo Barcia. - Los grandes responsables de la guerra, por J. Sánchez de Rivera. - Bélgica: Primera ojeada sobre el conflicto flamenco-walón, por Paul Colin. - Libros. - Liga Española de los derechos del Hombre.

### EL VACÍO SOBERANO

En *El Socialista* hemos leído un artículo del venerable veterano Pablo Iglesias titulado: «La alegría del jefe del Estado.» Alegría? Ay, amigo Iglesias, qué error! Alguna vez hemos dicho, y lo hemos repetido según nuestra táctica, que los reyes cuando se aburren se aburren soberanamente y que no hay peor aburrimiento que el aburrimiento soberano.

Dice nuestro Iglesias:

«¿Cómo explicar ese buen humor, esa alegría, esa gana de holgorio del jefe del Estado cuando el país está abrumado con tanta desdicha? ¿Es que no las conoce? Eso es imposible, porque la mayoría de ellas tienen su origen en el poder personal por él ejercido. ¿Es que no le preocupan? ¿Es que le importa un bledo cuanto sufren o puedan sufrir los ciudadanos víctimas de aquellos males, y que sólo está atento a realizar lo que le complazca y regocije? Eso parece ser. Mas si es así, no habrá de extrañar que el odio que existe ya contra el régimen monárquico se avive y centuple.»

Regocijarse? Regocijo? No, sino más bien olvidar. Distrarse o divertirse en el más estricto sentido. Divertir, apartar o desviar el ánimo de lo que puede acongojarle. O acaso aturdirse. Todo menos alegría. En esas diversiones no hay alegría alguna. Una cacería, con los deportes azarosos que suelen acompañarles—los naipes suelen ser tan necesarios a los cazadores como las escopetas—no es siempre cosa alegre.

Luego nuestro Iglesias habla de «ansias de distracción y de recreo». Recreo? No todos son capaces de re-crearse

de volverse a crear. No, recreo no! aburrimiento. Y aburrirse es lo mismo que aborrecerse.

Termina nuestro Iglesias su artículo:

«Seguirán, por tanto, las cacerías regias; continuará el tiro de pichón; habrá carreras de caballos, y regatas, y excursiones a Deauville o a otro punto veraniego semejante. Habrá, en fin, alegría, mucha alegría para el jefe del Estado. Pero habrá también un ansia tremenda, un deseo cada vez más grande, en lo más sano de la nación, a realizar un acto que obligue a tan alegre personaje a divertirse dondequiera, menos en tierra española.»

Divertirse puede ser, pero alegrarse... No, hagamosle la justicia de creer que no se alegra, que no puede alegrarse. Y que no es un personaje alegre. Ninguno de los reyes españoles de la Casa de Austria ni de la de Borbón se ha distinguido por su alegría. Algunos, como Felipe IV y Carlos II, eran monstruos de aburrimiento. Carlos IV, el Cazador cazado, iba casi todos los días a caza para divertirse de María Luisa y de Godoy. Acaso los algo alegres fueron Isabel II y Alfonso XII. Aunque hay aparentes alegrías que no son sino diversiones del aburrimiento soberano.

Pascal, que era un formidable psicólogo decía (en su Pensamiento 139) que si a la realeza se le deja sin diversión y que considere y reflexione sobre lo que es caerá por necesidad en las visiones que le amenazan, de revueltas que pueden ocurrir, de la muerte y de las enfermedades inevitables, de suerte que si él (el rey) está sin lo que se llama diversiones, hele desgraciado y más desgraciado que el menor de sus súbditos que juega y se divierte. Y añade estas tremendas palabras: «El rey está rodeado de gentes que no piensan más que en divertir al rey e impedirle que piense en sí. Porque es desdichado, por muy rey

que sea, si piensa en ello.» Y en otro Pensamiento, el 142: «Que se haga la prueba; que se le deje a un rey enteramente solo, sin satisfacción alguna de los sentidos, sin cuidado alguno en el espíritu, sin compañía, pensar en sí a sus anchas; y se verá que un rey sin diversiones es un hombre lleno de miserias. Así se evita esto cuidadosamente, y no falta nunca de cerca de los reyes gran número de gentes que velan por hacer suceder las diversiones a sus quehaceres y que observan todos el tiempo de su ocio para procurarles placeres y juegos, de suerte que no haya hueco; es decir, que están rodeados de personas que tienen un cuidado maravilloso de tomar en cuenta que el rey no esté solo y en estado de pensar en sí, sabiendo que será miserable, rey y todo como es, si en ello piensa.» Y en otro Pensamiento, el 386: «Si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, creo que sería casi tan dichoso como un rey que soñara todas las noches, durante doce horas, que era artesano.»

Victor Hugo escribió un drama truculento titulado: *Le roi s'amuse* («El rey se divierte»), de donde se sacó la ópera *Rigoletto*, pero lo mismo pudo titularle: *Le roi s'ennuie* (El rey se aburre) y eso que Francisco I de Francia parece que sí, que era alegre.

El menor de los súbditos del rey juega y se divierte, según Pascal y al rey tienen que divertirse los cortesanos. Y él se divierte con ellos y en todos sentidos.

Lo malo es cuando esa diversión degenera en deporte. Porque así como en pedagogía no hay nada más peligroso que enseñar jugando porque se acaba jugando a enseñar y haciendo de la enseñanza un puro deporte, así nada hay peor que reinar jugando porque se juega a reinar. Y se juega al imperialismo. Que es la esencia de la frivolidad.

Frívolo es el médico que juega a curar, el piloto que juega a dirigir la nave, el juez que juega a juzgar, el soldado que juega a guerrear y hasta el jugador que juega a jugar. Porque el juego mismo es cosa muy seria. Frívolo es el rey que juega a reinar, o que juega a la conquista. Y hasta se ha dado caso de rey que ha apostado por el suceso de una empresa en que empeñó la sangre y la fortuna de sus súbditos!

Nuestro amigo Iglesias, encendido su vida toda en una empresa de pasión y de seriedad, no debe de saber lo que es el aburrimiento. A caso la desesperación, pero el aburrimiento no. Y menos lo que es el fatídico, el trágico, el vindicativo aburrimiento soberano.

Alegría! La alegría no habita en palacios regios. Además, de un hombre alegre no hay que temer nada. Lo temible es lo que se hace por matar el aburrimiento. Hay pueblos que llenan con sus ruinas el vacío soberano. Y si la vida es sueño la realeza es pesadilla.

MIGUEL DE UNAMUNO.



## CAPRICHOS

SI PERMANECISEN

Si permaneciesen «ellos», todos «ellos», aunque no fuese más que como espíritus, se adensaría tanto el ambiente de la casa que no la podríamos transitar.

Yo, en esas temporadas en que me quedo completamente solo en la casa, he pensado esto y he visto realmente que aun siendo inmateriales tendrían obstaculizado el camino de la casa. Por muy sutiles que fueran, al apiñarse en los pasillos lo ocuparían todo.

Juro que no están porque he hecho las experiencias sobre su densidad y he ofendido a su silencio de tal manera, que hubieran tenido que responder. Ninguna consigna les hubiera consentido callar.

*No están*, no los hay, porque en los pasillos oscuros tropezaríamos indefectiblemente con ellos.

### DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

El sabio doctor Wast lanzó la idea. Las vidas humanas para aprovechar el circuito de su talento no son solitarias e individuales. Cada ser humano tiene su duplo, al otro extremo de su meridiano inteligente. Es indudable. La naturaleza que sabe lo escasa y lo preciosa que es la vida humana, aprovecha para dos seres lo que podríamos llamar la «vivencia».

«Por eso—dice el sabio doctor—la ley ha estado cometiendo el peor de los crímenes, el de asesinar en el sitio más lejano del mundo a una criatura inocente, dependiente del reo a muerte que se mataba en los antípodas. *La guillotina ha cortado dos cabezas siempre*. Si algún argumento nuevo hiciese falta para suprimir la pena de muerte éste es decisivo, porque la cadena perpetua no compromete al otro viviente. Sólo la muerte.»

### EL GATO DE LA ELECTRICIDAD

Siempre había temido el hombre de los pelos de punta, de los pelos escobillados y erizados el encontrarse con el gato de la electricidad.

Era tan nervioso el joven de los pelos tiesos, que presentía a todas horas a ese felino de indudable existencia.

Siempre al mirar las lámparas y, sobre todo, al dar a las luces y al enchufar los cacharros eléctricos y los ventiladores, sentía miedo del gato de la electricidad.

—Un día que esté solo y encerrado en una habitación, me saldrá al encuentro y se me tirará a la cara—pensaba el muchacho de los pelos electrizados.

Y por fin sucedió. El «micifuz» de la electricidad salió por la gatera del enchufe y le hizo «¡Fúl!» con terrible incremento.

Entonces el joven cogió un hierro de la chimenea para defenderse. (¡Qué disparate!)

El gato se replegó un momento en un rincón del despacho, sin dejar de bufar como un circuito sulfurado o como un toro voltáico en plena irritación con los carbones incandescentes, es decir, algo así como con «los dientes largos».

Y el gato tenía puesto el cascabel del timbre eléctrico de la puerta, el timbre que sonaba como un cascabel, y eso es lo que más le tenía indignado, que le hubieran puesto ¡hasta cascabel!...